

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA publica  
los días 15 de cada mes.

DIRECTOR PROPIETARIO  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Precio de la suscripcion.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Se remite á la Isla franco de porte.

S. Sebastian-75.  
PUERTO-RICO.

Solo se admite suscripcion por trimetr.

## MOCION

QUE HACEN VARIOS SUSCRITORES

A ESTA REVISTA,

SOBRE LA

CONVENIENCIA DE EXTENDER EL CIRCULO

DE SUS LECTORES.

De todas las formas que puede tomar la beneficencia, la mas importante y trascendental es la instruccion.

(Bastiat.—Armonías Económicas.)

Poco puede esperarse de un pueblo en que la ciencia no agiganta el espíritu, ni las letras lo pulen ni el arte lo embellece. La religion misma se torna menos fecunda, porque no es posible que su moral dé frutos sazonados y benéficos en campo sin cultivo.

El sentimiento religioso, el de la ciencia y el del arte, son tres amores que constituyen la armonía fundamental del alma humana. El llamado á realizar esta armonía es el libro: sin éste, sin su propagacion y uso constante, la luz que él irradia no puede derramarse sobre aquellos tres sentimientos, para convertirlos en fuente de bienes, de virtudes y de ventura.

Persuadidas, sin duda, de estas verdades las naciones mas adelantadas, la Inglaterra en Europa y los Estados Unidos en América, por ejemplo, han creado y mantienen sociedades, cuyo único objeto es el de imprimir libros y fundar periódicos, destinados á propagar el gusto por la lectura y el estudio; costeándolos generosamente para ponerlos al alcance de todas las fortunas, y hasta esparciéndolos gratis, á fin de que la falta de recursos pecuniarios no sirva de pretexto á la ignorancia: que poco importan las escuelas, si no se promueve, como por vía de complemento, el gusto por la lectura y la instruccion en los que de aquellas salieron.

En esta provincia, por desgracia, no andamos muy afortunados en la materia; y acaso mas que en otra alguna, puede decirse que no se lee porque no se escribe, y que no se escribe porque no se lee.

Enseñar al que no sabe es obra meritoria prescrita por el código cristiano; en el orden social es deber reproductivo, y por lo tanto de suma conveniencia.

Cuando decimos enseñar, no nos referimos á los que van á las escuelas, sino á los que, como ántes dijimos, ya no las visitan; para que no abandonen al insecto de la incuria, ni á la cizaña de la indiferencia, la semilla que el entendimiento recibió en las aulas, y puedan con ilustrado y mayor empeño aún, enviar allí á las generaciones que detrás vienen.

Con efecto, no basta saber leer, es preciso leer. No

espereis industria sino rutina, ni buenas costumbres sino resabios, ni elevacion sino prosaísmo enervador, en un pueblo en donde el mayor número mira con letal indiferencia lo verdadero, que es la ciencia; lo bueno, que es la moral; lo bello, que es el arte. La riqueza de semejante pueblo será ficticia; su honradez, estéril; su cultura, un vano nombre: porque el libro engendró y engendra la riqueza material y sólida de los pueblos, con el libro se depura la honradez de los hombres, y sin el libro ¿cómo es posible la cultura del espíritu, ni la elevacion del alma? Si la abundancia de moneda facilita la industria, si la fuerza del crédito la ensancha y robustece, si la baratura de los capitales supone la mayor estimacion de la propiedad que representan; por la abundancia del libro se puede medir la circulacion de ideas, esa sangre del entendimiento que vivifica y regenera las almas; por la fuerza de su crédito, es decir, de su estimacion, se ensancha y robustece el vigor social; su baratura, hija de su abundancia, supone la mayor estimacion de lo que representa: del saber, que es lo que deben buscar todos los pueblos, porque nunca con relacion á su tamaño, será el mas moral, ni el mas rico, ni el mas poderoso, sino el que sea mas sábio.

El siglo quince fué el siglo de la Imprenta, es decir, del libro: por eso lo fué tambien de tantos otros descubrimientos, gérmen pasado de tantas grandezas presentes y futuras.

Que así como por el consumo de una materia prima, nos es dado medir la industria principal de un pueblo; así tambien, por la importacia del comercio de libros, podemos comprender el estado de su cultura y su riqueza.

Si en nuestra balanza mercantil apareciese un día centuplicado el exiguo valor con que la importacion de libros figura en ella; podríamos, con solo este dato, reedificar de memoria todo nuestro estado social, y al comprobarlo con los hechos, veríamos que la riqueza, el saber, la moral, la cultura, y hasta con tales elementos, la felicidad del país, habían tambien centuplicado.

Hase dicho, que los pueblos que consumen mas ácido sulfúrico suelen ser los mas industrioses, los que consumen mas jabones los mas aseados, y pudiera añadirse, que los que consumen mas libros, relativamente, suelen ser los mas sólidamente ricos, morales y felices.

Lo que se dice de los libros, puede con igual razon, decirse de los periódicos. Su número es barómetro como el libro; su calidad mide el nivel intelectual de una generacion en un pueblo dado.

Cese ya de una vez la desdeñosa indiferencia por las letras, que acaban de nacer en este país; por las ciencias, que no han echado aún hondos raíces, y por el arte, que apenas se ha iniciado.

El prosaísmo nos mata; elevemos, ilustremos el espíritu. Demos al saber y al arte el culto y los estímulos que merecen, consagremosles el amor que ha de en-

grandecernos, á medida que ampliemos su fecunda esfera; y sirvanos á este propósito, como de palanca y de núcleo, una publicación que con el carácter periódico, símbolo de la indispensable perseverancia, lleve á todas las clases el sentimiento, la afición, el amor de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.

Las publicaciones políticas tienen su misión, y son sostenidas por el interés vital de los partidos que representan; las profesionales son mantenidas por sus gremios respectivos; en otros países en donde las ciencias, las letras y las artes cuentan con gran número de adeptos, las Revistas especiales que á tales objetos se contraen, viven por sí mismas de manera espontánea; pero entre nosotros, las publicaciones periódicas de esta índole, no pueden llevar sino lánguida vida. Fundemos, pues, una, y sostengámosla, propagando la importante necesidad de su existencia.

Pero acaso no sea indispensable semejante innovación. Circula entre nosotros una modesta Revista de este género, que gracias á las simpatías de que goza, casi cuenta ya con dos años de existencia: raro fenómeno de longevidad, al tratarse de una publicación de su linaje en esta Provincia. Ella se ha mantenido y vive sin alicientes extraños á su objeto; á pesar de augurarle corta vida, los que al ver su tácito lema *de no abatir el arte al vulgo, sino tratar por el contrario, de que éste se elevara á la altura de aquél*, ha desdeñado al Baal tentador, la popularidad que, con mengua de sus fines, podían ofrecerle las chuscas jocosidades que tanto gustan á la generalidad.

Esta revista de que hablamos, se llama LA AZUCENA. Á este propósito, pues, los que abajo firmamos, suscritores á la misma, contando ya con la aquiescencia de su Director D. Alejandro Tapia y Rivera, tenemos el gusto de solicitar la conformidad y cooperacion de los demás suscritores, y de los que á ellos quieran agregarse, para realizar lo susodicho en una forma que puede ser la siguiente:

#### BASES REGLAMENTARIAS.

- 1ª — La Revista modifica, como sigue, el encabezamiento que lleva hoy: LA AZUCENA — Revista quincenal — DESTINADA Á PROMOVER EN TODAS LAS CLASES EL GUSTO POR LA LECTURA Y LOS CONOCIMIENTOS EN CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS ARTES.
- 2ª — Los suscritores se dividirán en dos clases: *Protectores* de la Revista, por el carácter de tales con que tiende á revestirlos esta moción, quienes continuarán satisfaciendo la misma cuota de hoy, \$1-50 por trimestre; y *Contribuyentes*, que pagarán la mitad de la referida cuota, con el fin de que la publicación llene su objeto y esté al alcance de todas las fortunas.
- 3ª — Se distribuirán gratis hasta 100 ó mas ejemplares de cada número, á las personas que no puedan contribuir, á juicio de los Protectores.
- 4ª — Del producto total de la Revista, se destinará como fondo para su mejoramiento, tal como ensanche de la misma, pago de corresponsales en Europa &c., cada trimestre el 5 p. 3 si llegare á \$300, y el 10 sobre lo que exceda de esta última suma hasta 400. Una vez que produzca esta cantidad, todo lo sobrante, á mas de los tantos por ciento referidos, quedará á favor de la publicación, con el objeto indicado.
- 5ª — Se sustituirán á la cubierta de color que ahora lleva el periódico, dos hojas de impresion en papel blanco del tamaño de aquella, constituyendo ocho planillas, que acumuladas luego, puedan formar libro. Estas se destinarán á la impresion de una obra selecta que vaya formando parte de lo que podría llamarse, la Biblioteca de la Revista.

- 6ª — El nombre de los Protectores se publicará en la Revista cada trimestre, como satisfaccion honrosa para los mismos y estímulo de los demás; pues justo es que el público sepa á quien se debe el sostenimiento de una publicación que tiende principalmente á ser útil y benéfica.
- 7ª — El actual Director, continuará siéndolo y conservando las atribuciones á ello inherentes. Será el responsable para con el Gobierno en lo legal, y para con el público en lo moral y literario.
- 8ª — Podrá formarse de entre los Protectores una Comision Directiva ó como tenga á bien denominarse, con objeto de indicar al Director cuanto crea conveniente y oportuno para el sostenimiento y mejoría del periódico. Será discrecional en aquél la adopción de las indicaciones referidas; pero deberá tener presente, que dicha Comision proviene del núcleo general de Protectores, y que en este concepto serán muy estimables sus consejos y observaciones, como nacidos del mas puro interés hácia la publicación y sus laudables fines.
- 9ª — Dicha Comision se nombrará indefinidamente por cartas de los Sres. Protectores, en las que tendrán á bien designar las personas que estimen á propósito para aquel cargo.
- 10ª — Se reservará la propiedad de la Revista D. Alejandro Tapia y Rivera, quien está totalmente de acuerdo con estas bases.
- 11ª — Los impresores de la Revista, Sres. Gonzalez y C<sup>ta</sup>, figurarán entre los Protectores, por lo que han contribuido desde la fundación de la misma, á facilitar su publicación; siendo de esperar que, considerado el objeto que hoy mas ámpliamente se propone aquella, continuarán prestándole su eficacia. Figurarán tambien como Protectores, los colaboradores que, á juicio de la Direccion, deban considerarse como tales.

Nicolás Aguayo. — José A. Canals. — Francisco Baston. — Francisco de P. Acuña. — José R. Becerra. — Federico Asenjo. — José J. Acosta. — Leon M. Acuña. — Pablo Rodríguez. — Augusto de Cottes. — Félix Gallardo. — Teodoro Chevrement. — Luis G. Acosta. — Serafin Viñals. — José Géigel y Zenon. — Felipe Guiterrez. — Fidel Guillermet. — Francisco del Valle. — Miguel Vassallo. — Laureano Vega. — Antonio Moreno. — Manuel Elizaburu. — Pascasio Sancérrit.

Puerto-Rico 26 de Febrero de 1876.

El ilustrado puerto-riqueño D. Miguel Larregui, doctor en Medicina y Cirujía, ha llegado hace poco de Europa, en donde ha cursado aquellas ciencias. Sus dignos antecedentes de estudiante, recomiendan al nuevo profesor, cuya inteligencia y laboriosidad hallarán justa acogida y honrosa estimacion en estos habitantes: así lo esperamos.

Que sea bien venido á su querida pátria, el que viene á aumentar el núcleo de los hombres de ciencia.

En la quincena última falleció de repente, á las pocas horas de haber muerto su buena madre, el apreciable joven D. Manuel Dueño Colon. LA AZUCENA dió cabida en sus columnas á algunas de sus composiciones poéticas; pues era de los jóvenes, pocos hoy por desgracia entre nosotros, que pudieran llamarse inte-



ligentes aficionados al divino arte de la poesía.

Su padre D. Aurelio, que fué modesto, pero apreciable compositor músico, ha sido recordado alguna vez por esta REVISTA, con motivo de su arte

#### DEL "INTERMEZZO" DE HENRI HEINE.

El azul de tus ojos, cada día  
Es mas bello, mas puro y trasparente :  
La rosa envidiaría  
Tus mejillas preciosas,  
Si ellas no fueran purpurinas rosas ;  
Tus manos, con la nítida blancura  
Del albo lirio, aumentan tu hermosura....  
Solo tu corazón triste y desierto  
En medio de tu vida se halla muerto.

Traducción de J. N.

#### CAN - CAN PURO.

Estamos en un teatro.

Claro es, que en cualquier teatro del mundo civilizado.

Se va á representar un baile. Y esta representación no tiene la verosimilitud artística que se pide en el teatro. Lo que aquí se representa es la *verdad* lisa y llana. Porque en el Can-can trabajan todos los holeros y el público, y la gente que anda por la calle.

Si se trata de ver un baile espiritualista, es decir, despojado de toda grosera impresión carnal, el público vase. Si es una *muñeira*, se ven con agrado las zalamerías de la gallega. Si es una *jota*, puede pasar; hay brio aragonés, fuerza de sentimiento y de piernas, buenas formas, y las formas al fin y al cabo son algo en el arte moderno.

Supongamos que se baila una *granadina*. Y aquellos meneos, aquellas pataditas, aquel juego de ojos y aquel salero, empiezan á hacer cosquillas al espectador. Figúrese U. una obra artística que hace cosquillas! La granadina es el animal mas parecido al Can-can. La granadina es como una tradición árabe; cada vez que asistimos á ese baile, se nos viene el trópico encima y se nos enciende la sangre. Bien entusiasmado con una granadina y unas cañas, cualquier español puede matar un toro (de dos meses.)

Pero los bailes del espíritu son los clásicos del arte, los libros de consulta, el elemento viejo.

Lo que ahora va á representarse es el baile del siglo, el baile de la posteridad, el romanticismo de los pies, el Can-can (boca abajo los lectores). El teatro está lleno (por que un buen Can-can es el premio gordo de un empresario); gritaría en los anfiteatros, movimiento en los paleos, efervescencia en las butacas. Y telon adentro.... el Vesubio, el Etna, el Niágara, el Manzanares. Los músicos templan, el vulgo alborota, y entre las personas competentes se cruzan estas frases consagradas: Qué va á ser? Un Can-can. Se titula "Las grisetas," ó "Versalles"? No, se titula: "La materia vista por sí misma...."

Y se levanta el telon. Y no aparece en escena la Taglioni, la Elslser, la Cerito, la Grissi, y tantas otras eminencias que tiempos anteriores hicieron las delicias de Londres. No salen la Fitzjames, ó Adela Dumilatre, á ejecutar un *pas-de-bourrée* admirable, un *bâtiment* sublime, ó un *pas-de-deux* celestial. Esto ahora sería poco para un espectador sólo. En otro tiempo se veían con gusto los duos de salon de Guillard y Guy Stephan, los *ronds-de-jambe* de Ondina, el magnífico *balancé* de Náyade, el incomparable *paso estirio* de Willi, el épico *tacqueté* ó *ballonné* de Gypsi y de Esmeralda,

de Mazilier y de Petipás.... Pero hoy, en pleno siglo de las igualdades, de las cerillas, de los polisonos, de los velocípedos, de los bufos, miramos más alto, aspiramos á más, necesitamos la miga en el arte; y ésta, es preciso desengañarse, sólo puede amasarla el Can-can, único baile alimenticio, único baile posible para nosotros.

Yo he visto un buen can-can traducido del inglés, en Valencia; un can-can al natural, en Barcelona; un can-can rústico, en Zaragoza; un can-can á la buena de Dios, en Salamanca. Yo he estado en París, y he asistido en *Mabilie* al can-can mas exorbitante que registran las crónicas coreográficas, y en todas estas obras cancanísticas he encontrado un gran principio filosófico: en el can-can, el bailable es lo accidental, lo insignificante; es como si dijéramos, el fondo; el argumento del baile son los brazos, las espaldas, las posturas, el aire; y sobre todo las piernas.... y más. Vamos, decididamente, la carne es el argumento de la obra!

Empieza el baile. Sale un borracho fumando, encuentra una griseta, la convida á las máscaras, y vanse. Mutacion. La escena es en carnaval. Coraceros de á ocho, ellas de cantineras, unos cuantos rigodones verdes que sólo se definen viéndolos, y la postura académica, un lazo sorprendente en el cual el cotton queda muy alto. El público no puede resistir; crece el entusiasmo: "otra! otra!"; y se repite con *mas calor*. Al terminar la repetición, el termómetro señala cincuenta grados sobre cero.

Cuadro segundo. Música de Offenbach; mazourka. Salen bebiendo y bailando el bolero y la bolera. Aquél, vestido de moro ridículo; ésta, de turca. Cogen una idem y bailan. El público se pone alegre sólo de presenciar la mímica. Y terminan con el consabido ovillito de costumbre. Tableau. Bravo! Otra! Que baile! Y hay aquello de: qué pierna!; eso es sandunga: qué dice V. á esto? Que me voy á tomar baños ahora mismo; esto no se puede resistir con calma; esto mata; esto eriza los cabellos.

Cuadro tercero. Paso doble. La segunda bolera vestida á la antigua, pero idealizando el carácter con sus carnes, y dos holeros de *dandy*. Danzan, y hay unas miradas, una soltura, un desden, unas *palmaditas* de tanta significacion, que el público se levanta del asiento como el receptor eléctrico de aquella descarga.

Cuadro cuarto. El cuerpo de baile con narices postizas. Paso grotesco de aldeanas. Qué muchachas tan lindas! Es posible entusiasmarse con una nariz de medio palmo? Pues ahí está el misterio, el quid, el enigma, el *sprit*, la *x* del Can-can. Pero hombre!, cuál será la incógnita de ese baile maldito?

Epílogo. Cuadro final. Todos. *Allegretto più veloce*. Una damisela de aérea gasa blanca muy escotada, gran peluca negra, lábios de carmin, perseguida por un dragon en caricatura, ó por un jockey en serio. Golpes de tambor, *crecendo*. Un zapateado veloz viniendo del foro al proscenio, y al llegar aquí, rueda general, bengala, *apoteosis*, y un querubín desciende en nubes de plata á ceñir el lauro en la frente de la can-canista. La luz toma un tinte de azul de cielo. Último compás. Postura académica. (Oh!) Fin. Telon pausado.

El público, todos, la humanidad: "Sublime! Bravo! Estupendo! Inimitable! Olímpico!"

Voces, bullicio, estruendo, palmadas, sombreros, cigarros, dulces, palomas, canarios, versos, flores, cintas, coronas, el diluvio....

Salida del coliseo. Comentarios.

Los comentarios al Can-can!!!....

Tengo rubor de pintarlos, todo lo toseamente que puedo yo pintar esto. El Can-can, ilustrado por el público! Rubicundez y excitación en el vulgo femenino; aires colados, dolor de muelas y pulmonías fulminantes; muchos enfermos que salen buenos y gordos con la terapéutica del Can-can; los viejos salen rejuvenecidos; los niños edificados, despiertos; los hombres de pelo en pecho salen con una asfixia horrible; el público romántico ha sufrido una hiperestesia magnética, se figura

andar por el Helicon con Vénus, con Calipso, con Dido, con mil mujeres hermosas, ó por el cielo de Mahoma rodeado de morenas y de placeres inmensos; los filósofos salen diciendo: estamos llegando á la plenitud de la decadencia.... pero, qué lábios!, qué ojos tan negros!, y sobre todo.... *qué bajos!*; un gacetillero le dice á otro: cómo te encuentras? este es mi elemento; y los mas sensatos exclaman en el incendio impune; horehata! horehata!

Estos comentarios son lo que se dice, que si pudiera escribirse en letras de molde *lo que se hace*.... pero hay mucho trecho del dicho al hecho. Lo que se hace todos lo habeis visto.

Así termina la representacion. El templo del arte queda profanado y sólo; el público queda congratulado; el empresario tranquilo, y los can-canistas.... los can-canistas quedan rendidos de tanto bailar.

Este es el Can-can de la plebe, el *panem circense* de los españoles. Pero hay otro Can-can sublimado, el Can-can de pró, el Can-can del buen tono. Algunos potentados entusiastas de Talsa y Tersícore arriendan teatros para el fomento de esta ciencia. Ciencia, porque si ciencia es todo lo que *enseña*, el Can-can es la ciencia por excelencia, la ciencia de las ciencias; el Can-can es la enciclopedia de nuestro siglo.

Eso can-can de alta alcurnia forman en el teatro una especie de club alegre, un conservatorio de las buenas costumbres. Allí está el punto de reunion de las clases escogidas, y entre bastidores se baila un pseudo-can-can desempeñado por los concurrentes y la gente del oficio. Allí se juega, se bromea, se retoza, se come, se bebe, y despues de bien bebidos y comidos.... Can-can infernal, Can-can furioso.

Ultimamente, algunos nobles celebran festividades del género, pero de otra especie. Son can-can-es á puerta cerrada, can-can-es de convite, can-can-es de amigos. La preceptiva de este género encierra las reglas bajo siete llaves. Este es el último grado de la escala artística; un can-can clandestino es la epopeya del can-can. La primera vez que presencié un can-can de *sociedad*, María Santísima! me quedé helado, biceo fósil. Nada de trajes, ni de ensayo, ni de carácter, ni de director. Un *tutti* de á tantos boleros como concurrentes; zambra de canciones andaluzas, caricaturas, *crescendo*, y el final.... el final morir gozando y colocar sobre el sepulcro aquel epitafio de Quevedo: "*Aquí goza donde yace.*"

De todo eso se deduce la raquitis de nuestros hijos, la pobreza de mañana, las miserias del porvenir.

El Can-can lleva dentro de su venenoso fluido la expiacion. El individuo que lo baila tiene la constitucion fisica de que es digno. Los pueblos que se can-canizan tienen el gobierno que se merecen. Aquéllos pierden su fuerza, su energia, su moralidad, su vida. Estos pierden su tradicion, sus costumbres, sus creencias, su progreso, su orden y su libertad.

Hombres y pueblos: Quizá en el horario de la Providencia no ha sonado aún el instante irremediable. No lo baileis. El que lo baila, pierde la fuerza fisica, el desarrollo orgánico, la suavidad metódica de las funciones, que son la salud del cuerpo; y pierde la lucidez del entendimiento, la paz de la conciencia, que son la salud del alma.

Enrique Prúgent.

## DEL CARACTER DE LAS PASIONES

### EN LA TRAGEDIA Y EN EL DRAMA.

(Continuacion.)

El arte escénico es la representacion de la vida real ó posible para el hombre en la exis-

tencia terrena. El drama y la tragedia, formas patricias del arte escénico, no aparecen sino cuando el poeta pide inspiracion á las pasiones humanas, porque la doliente magestad y soberanía del hombre comienzan en el punto en que la pasion se inicia.

Pero ¿es la pasion humana alimento bastante y ofrece la variedad necesaria para el drama? ¿No es monótona esa constante representacion del amor, de los celos, de la ambicion y de las avaricias que afean ó perturban la existencia? ¿No sería acertado aconsejar á los poetas que buscaran la inspiracion allá donde no llegan las pasiones?

¡Inútil consejo y pueril empeño! La pasion humana es como el mar, infinitamente variable. Los emblemas, los signos y los símbolos no excitarán nunca la simpatía estética, que acude solo al llamamiento y á la vista de las pasiones humanas. ¿Por qué? Porque la vida individual se cifra y concreta en la lucha con las pasiones. Á las pasiones debemos las mas de las dichas que gozamos, y las pasiones causan todas las desventuras que nos afligen. Cambian en el curso de la vida humana de objeto y de carácter; pero no cambia su esencia y su naturaleza. Niños, las sentimos; adolescentes, nos embriagan; hombres ya, luchamos con ellas, nos vencen ó somos vencidos; ancianos, nos espolean y las satisfacemos con astucias ó ingeniosidades sorprendentes; pero siempre son la encarnacion del mal en la vida. Y no solo cambian con la edad, y el amor de la juventud se convierte en la ambicion del hombre viril ó en la codicia ó envidia del viejo, sino que de generacion en generacion mudan, pasando las vehemencias de un siglo á ser meros caprichos y antojos en el siguiente; y lo que apenas se estimaba ó presentía en este, es arrebatado y transporte ardentísimo en el inmediato. Y sobre las pasiones individuales, hay que estimar las del género y las de la especie, y la historia ademas de las pasiones colectivas. No son las de los pueblos orientales, las de las razas semíticas, ni las griegas y romanas las de visigodos ó francos, ni las de bizantinos y genoveses las de sajones y normandos: y á esta variedad que imprime la raza, hay que añadir las mas importantes que crean la cultura religiosa, la política y el crecimiento de las ciencias y de las artes, y aun aquellas otras que nacen de exaltaciones y turbulencias sociales.

Recoged en Walter-Scott ó en *Cromwel* de Victor Hugo, la sombría y lúgubre agitacion de los puritanos; comparadlo con la audaz y confiada y altanera de nuestros españoles del siglo XVI, que cruzaban el mar en busca de aventuras y prodigios; la desesperada inquietud del siglo X, que asistía ya al día último, con las bacanales de la Regencia ó las aspere-



zas calvinistas de helvéticos y alemanes ántes de la paz de Westphalia; y comparando edades y siglos, el de Pericles con el de Neron, el de San Agustin con el de Leon X y Francisco I, el de las Comunidades con el de la Convencion ó el de los Napoleones, la fantasía podrá recorrer un cuadro infinito de apasionamientos tan diversos como lo son los dias de la historia, el rostro de los individuos, y las costumbres de las razas y de las familias.

Y, sin embargo, el foco es siempre el mismo: la fuente no cambia; sólo varía la direccion de la corriente eléctrica. La atrae Dios, el mundo, la mujer, el oro ó la venganza; pero, sorda y palpitante, ruge siempre en el corazon humano. Enumerar las pasiones es desvario; será mas hacedero enumerar los cambiantes de la luz, quebrándose en un bosque vírgen de los Andes. Sobre lo infinito de las pasiones que pueden saltar del seno de la humanidad en su vida histórica, está el infinitamente pequeño de la individualidad, que imprime rasgos y fisonomía propios á cada uno de los incesantes latidos de la pasion en su pecho ó en su fantasía.

¿Qué es la pasion? El sentimiento que, exaltado por la fantasía, paraliza, y por último, subyuga la voluntad. El sentimiento solo produciría el trasporte, el arrebató, el deseo y el afán de satisfacerlo; y satisfecho ó no, la inconstancia de la sensibilidad haría su oficio, y pasaría el fuego como nube de verano, como flor de primavera. Pero la fantasía se apodera de la emocion, del encanto, del placer sentido; y labra, y cincela, y dibuja, y pinta, y enciende más y más el sentimiento, y la creacion interior se abulta, y todo lo demas se descolora y palidece, y se borra y huye; y por último, sólo, única, exclusiva en el amor, en la inteligencia, en la voluntad, campea la misteriosa creacion, que fascina, embriaga y enloquece; y ya en las espirales del vértigo, nos arroja al abismo, cual piedra despedida por mano potente.

La sensibilidad por sí no es temerosa; crea desmayos y lánguidos soñadores, que mueren en la inaccion, contemplando absortos, mudos é inermes el rielar de la luna ó el bullir de las aguas. La fantasía sin sensibilidad engendra gárrulos retóricos, que se pierden en un piélago de metáforas é hipérboles.

El carácter propio para la pasion es el formado por la simpática y peligrosa mezcla y maridaje de una sensibilidad exquisita y femenina con una imaginacion exaltada, activa y viril, que no solo describe y retrata el ideal apetecido, sino que forja, combina, despierta y se enseñoorea de las energías de la voluntad, lanzándola á la ejecucion del plan acariciado por la fantasía.

Todo tiene fuerza y poder para mover el

sentimiento. Todo nos atrae ó nos repele, como enseñaban Platon y Aristóteles; todo engendra y provoca pasiones en el alma del hombre. Crecían mal y erraban los que creyeron que sólo la aspiracion intelectual movía el corazon; erraron tambien los que supusieron en los sentidos ese filtro embriagador. La idealidad mas pura, como la mas grosera corporeidad, aguijonean el espíritu, y mudan, y cambian, y truecan sus potencias, y los llevan y los empujan al cielo ó al infierno. — ¡De qué apasionamientos no es susceptible el hombre! ¿Qué hay de real, ni qué puede imaginarse en el mundo de las quimeras, que no sirva para consumir una existencia, esclavizando la voluntad? Desde la bondad ó belleza de Dios, ó el centelleo de la utopia, hasta la puerilidad del desconfiado que mide por su pequeñez la bondad del cielo, ó el infeliz que corre el mundo tras el oropel que lo deslumbra, la pasion palpita en todos, y por doquiera, y en toda ocasion y movimiento, puede producir y engendrar lo patético en lo dramático, si una imaginacion vigorosa inunda con sus perspectivas el horizonte de su alma. Más aún. El mundo, contemplado por el hombre, es un llamamiento constante á la pasion. La provocan el embebecimiento que procura el arte, el roce y contacto de la vida social, el recogimiento y la meditacion religiosa, la vislumbre de las maravillas en la ciencia; y estas solicitudes son enérgicas, constantes, diarias, y nos asedian de dia y de noche, en la vigilia y en el sueño.

Cuanto existe en los espacios de lo real, en los anchurosos é incommensurables de lo posible, de lo quimérico, en todo ó en parte, en una de sus facetas ó en el conjunto, hoy y mañana, en las tinieblas ó espléndidamente iluminado, conocido ó sospechado, realizado ó presentado, es un acicate para el sentimiento, un llamamiento para la fantasía, una centella velada, pronta á deslumbrar con brillo intensísimo y fuego devorador.

Por eso el arte dramático acompaña á la vida humana como una de sus formas, como una de sus eternas vestiduras. El bello arte toma de la realidad este hecho, lo purifica y el poeta trágico ó cómico, de centuria en centuria, escriben la historia de las pasiones y pintan sus distintos caracteres, sin que una edad se asemeje á otra, ni haya caracteres idénticos.

Si el arte dramático no tuviera en la vida esta raíz y esta sustancia, no existiría. Lo engendra un hecho real; parte de una realidad. Si el espíritu humano no fuera tan inmenso, el arte no sería tan vário, y no tendría campo para Esquilo y Aristófanes, Sóphocles y Plauto, Eurípides y Menandro. Si las transformaciones humanas en la historia universal y en la existencia individual no fueran tantas y tan continuas, no figurarían en los anales del arte

las trilogías y los mimos, los misterios y las farsas, las églogas y los pasos, los entremeses y las comedias, *El Lindo Don Diego y el Rey Lear, D. Gil de las Calzas Verdes y Ricardo III.*

(Continuad.)

## COFRESÍ.

### NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Continuacion.)

## CAPTÍULO IX.

CAÍN ENTIERRA PARTE DE SU SÉR.

En las cercanías de la rada de Tallaboa, junto á una vereda que iba á parar á la misma, podía verse en la época de esta narracion, una casucha de madera con techo de yaguas, como las chozas ó bojíos que tanto abundan en la Isla.

Componíase de saleta y una como á manera de alcoba, separadas ámbas piezas por un seto ó tabique de tablas de palma. En la saleta, cuyo pavimento era de tierra apisonada, no había mas muebles que un tosco banco de capá, un ture, especie de silla en forma de gancho con asiento y espaldar de cuero al pelo, mueble que va haciéndose de uso raro en las poblaciones; y una hamaca de emajagua de las que se conocen con el nombre de *chinchorros*, por lo mucho que se parecen á la red de pescar que lleva este apelativo. Por añadidura, veíase un fogon compuesto de tres grandes piedras calizas, sobre las cuales y en olla de barro, hervía alguna cosa.

A poca distancia y como si dijéramos, al amor de la lumbre, se relamía un gatazo negro que velaba, con anheloso apetito, algunas longanizas colgadas no lejos del ture.

Los ojos del animal relucían más entonces, á causa de la poca luz que daba un candilejo aplicado al tabique; en tanto que la ténue luz referida y el rojizo resplandor del fuego dejaban ver el puntiagudo rostro de una cobriza mujer, cuyas greñas y cuerpo encanijado le daban el aspecto con que suele pintársenos á las brujas.

En cuclillas junto al fuego, soplaba los tizonas de vez en cuando con un pedazo de yagua seca, al paso que apuraba á sorbos en una *dita* ó *totuma* (\*) algo que por el olor característico y aromático que exhalaba, debía ser guarapo de jengibre, bebida muy usada en aquellos tiempos.

La mujer de que hablábamos, dejó la yagua con que enardecía la lumbre, y moviendo con una cuchara de *jigüera*, el líquido que bullía en el puchero:

(\*) Taza en forma de coco que se hace con la corteza de la fruta del jigüero.

— A ver si quieres hervir pronto, jarabe de todos los diablos!

Y luego añadió dirigiéndose al gato, con referencia á las longanizas:

— Mucho las miras, Gavilan; pero contentate con olerlas.

El animal, como si la hubiera comprendido, maulló en son de pedigüeño.

— Qué si quieres! — repuso la semi-bruja — Ya iba yo á estarme rellenándolas para tu tripa!

La entrada de un hombre en la cabaña, vino á cortar esta conversacion brujo-gátuna, que amenazada con ser algo monótona, vista la poca variedad del tema: el hombre que entraba, era Caín.

— Charrasca — dijo éste con imperioso y brusco acento — una azada y pronto.

— Voto á Sanes! — exclamó ella — que se me va á pasar de punto este jarabe....

— Potingue del Demonio, querrás decir. ¡Quién sabe á que sano irás á matar con él!

— La Charrasca, pues tal era el apodo que servía de nombre á aquella mujer, sintióse herida en sus pretensiones de *curiosa* ó *curandera* de la comarca, y respondió con actitud.

— ¡Matar yo sanos! — Eso queda para los *dotores* que creen saber mucho, y acaban con la vida de los cristianos á fuerza de *remedios calientes*. Que diga Periquillo, el hijo de mi *comadre* Sica, si no le curé á su mujer el *viento con sangre* que tuvo el año pasado; que hable mi compadre Goyo, que se moría del padrejon; y ahí está, que no me dejará mentir, la prima Mónica á quien curé, con este mismo jarabe, las cámaras y el tumor que le salió en el *tintero* (\*).

— Vaya, déjate de majaderías y dame la azada — gritó el bandolero ya impaciente — A tí es á quien voy á *destinterar* si no andas lista.

Caín habló en el tono que le era propio y acostumbraba usar con ella, sobre todo cuando quería hacerse obedecer.

La Charrasca era su querida, pues todo animal tiene su hembra. Ella le amaba á su modo, es decir, le temía; y lo que es mas singular, solía sentir algo parecido á los celos, como tendremos ocasion de observar mas adelante.

Ya se ve: por odioso que fuese Caín, siempre podía hallar para sus amores, algo menos repulsivo que semejante mujer. Esta parecía comprenderlo así, puesto que recelaba que aquél se prendase de otra. Le temía, porque ella no era verdaderamente mala y reconocía que él era infinitamente peor.

Había sin duda, cierto fondo de semejanza entre los dos; por lo que se habían encontrado, reconocido y emparejádose, viniendo el hábito

(\*) Cadera ó region lumbar.



á robustecer esta union que mejor podriamos llamar, explicable mezcolanza.

Levantóse la Charrasca y fué á dar á su consorte el azadón que pedía.

— Ahora — dijo Caín saliendo de la choza — cuidadito con andar aguaitando, eh?

La mujer aguardó á que él saliese, y luego se asomó con mucho tiento y aún dió algunos pasos fuera de la puerta. Su curiosidad era tan imperiosa, que triunfó del temor, tan presto como creyó poder ejercerla impunemente.

— Entierrito tenemos? — murmuró — Que vea siquiera si lleva la direccion de otras veces. Bien sabe él que para nada necesito su dinero. Con el que me dan por mis remedios, tengo bastante; y con tal que él no me deje por otra... Además de que, si revelara el lugar de sus entierros, tendría que huirle, para que no lo hiciera conmigo antes de morir; que capaz es de ello....

Vino á cortar este monólogo, un hombre, montado en un caballo en pelo, que jadeaba y sudaba á chorros.

— Charrasca — dijo el ginete con voz temblorosa, que así podía ser muestra de cansancio como de terror. — ¿Y Caín?

Al decir esto, no paraba de mirar á todos lados, como si álguien le siguiese.

— Por ahí anda — respondió la interrogada, con un laconismo apropiado al temor de dejar escapar la lengua. —

— Dónde?

— No lo sé.

— Cantó ya el gallo?

— Todavía no.

— Aún es hora — repuso el recién venido. — Creí que me dejaban en tierra.

— Y es eso lo que te apura?

— Nó; aunque no quiero quedarme, y esta noche, menos.

El lector podrá reconocer fácilmente en el reciénvenido, á uno de los personajes que han actuado en esta noche no desprovista de peripecias.

Observe que su cabalgadura viene en pelo, fíjese en su oscuro rostro, en su lanuda y enmarañada cabellera y en la inquietud que trae, como de no haber hecho cosa laudable; y caerá en que puede ser muy bien aquel Juancho, raptor de la pobre Rosa.

Es el mismo y para tal desasosiego, no es forzoso que álguien siga sus pasos, pues viene siguiéndose á sí propio; trae consigo á su perseguidor: á falta de conciencia, aquel terror supersticioso que le vimos sentir, cuando se llevaba á la infeliz doncella.

¡Habrá sido para ésta benéfico aquel terror? Ojalá: trataremos de saberlo mas adelante.

Desmontóse el malhechor, quitó la jaquima al caballo, que tan bien le había servido aquella noche; y dióle una récia puñada á gui-

sa de rompan filas. Aprovechóse el rocín de semejante licencia, para olvidar el cansancio, dar alegre salto y arrancar al trote en busca de lo mejor que á su bello pudiesen ofrecerle los contornos.

— Dame algo que beber — dijo el hombre á la Charrasca, y entraron ámbos en el bojío.

Gavilan, que como se ha dado á entender era el nombre del gato, no dispuesto á perder la ocasion que la salida de su ama le proporcionaba, para trocar en realidad sabrosa, el amor platónico de que habían sido objeto las codiciadas longanizas; decidióse á saltar al ture. La espalda de este mueble le sirvió de escabel, y desde allí, nuevo Leotar, cayó de hocicos y uñas sobre la cordilla que vino con él al suelo, para pasar de éste, todo lo aprisa y en toda la parte que daba el tiempo, á su regocijado vientre.

— Pícaro! — gritó al entrar la curandera empuñando el ture que lanzó al gato y que dió sobre las longanizas, desamparadas mas que de pronto. Gavilan llevando en la boca parte del botín, había corrido á esconderse bajo el lecho de su ama, adonde hubiérale perseguido ésta armada de una escoba, á no ser porque el puchero comenzaba de nuevo á hervir y á derramarse.

— Mi jarabe! — gritó entre enfurecida y consternada, y acudió á la olla.

— Mal haya tu casta! añadió refiriéndose al gato, que había puesto en peligro su ingeniosa medicina.

Sus tres amores eran Caín, el gato y sus jarabes: órden de preferencia invertido tal vez en su corazon; porque si Caín era su hombre, Gavilan era su mimo, y los jarabes su gloria.

La vuelta del primero, acabó de distraerla de sus furoras.

Dejó aquél el azadón junto á la puerta.

— Hola, Juancho — dijo al reconocerle á la poca luz de la habitacion.

— Camarada — respondió éste, — parece que ha habido entierro?

— No tal; unas lechugas que había sembrado y que Charrasca no cuida bien.

— Sí, lechugas que suenan — repuso Juancho.

— Eso no es cuenta tuya, y basta.

Callóse Juancho; pero reservándose averiguar luego, si estaban ó no en sazón las tales lechugas.

— Charrasca — expresó Caín, acaso con objeto de distraer la imaginacion de su camarada — sirvenos café de puya (\*).

— Si, con el dinero que me has dado.

— Siempre bachillera, Espanta á la Virgen.

— Así y todo, me buscas.

— Por lo mismo. Me gusta lo que no puede gustar á los demas.

(\*) Sin dulces.

— Pues no está la carne en el garabato por falta de gato — repuso ella amostazada con aquellos donaires y piropos de su hombre.

— Sin duda Gavilan, ¿no es eso? Todavía he de matar ese gato que me disputa el cariño de mi prenda.

— Búrlate; pero el pobrecito animal me quiere mas que tú.

— Sí, acaba de comerle las longanizas — interrumpió el mulato con tono chusco y mas tranquilo desde que se halló en compañía de su camarada. Entraba de nuevo en su mundo, y la terrífica superstición que había sentido se calmaba.

— Vámonos — repuso Cain — ya que no hay café, tráenos ron.

La semi-bruja, con un suspiro que parecía hijo de sus entrañas, vertió en una dita un poco del que quedaba en un garrafon arrinconado dentro de la alcoba; y sirviólo á Cain. Este y su compañero apuraron aquella taza rústica, sin cumplimientos ni ceremonias, y relamiéronse limpiándose luego los labios con el reverso de las manos.

En esto, Gavilan tuvo la para él mala ocurrencia, de meterse bajo el ture en que estaba sentado el bandolero. Pisóle este inadvertidamente, y aquel, que urañó siempre con Cain, á quien sin duda miraba como rival en el cariño de su ama, y que tal vez no se había situado allí con el mejor propósito, le arañó y mordió en la pierna.

Aquí fué Troya: levántose el bandido y corrió tras el animal, que había corrido á refugiarse bajo las faldas de la mujer. Esta quiso defenderle, y su hombre la emprendió con ella á golpes que eran contestados en lo posible con arañazos femeniles.

En vano trató Juancho de poner paz; la Charrasca rodaba por el suelo, y su hombre pugnaba por convertir en pavimento suyo los lomos de aquella, enardecido al sentir que el gato, pendiente de su pantalon, trataba de morderle. — Esto le distrajo del primer propósito y acudiendo á librar sus pantorrillas, recordó que había algo que pudiese lastimar á aquella mujer mas que sus puños, á que ya estaba acostumbrada.

Fuése al fogon, y de un puntapié vertió el puchero.

Ya no era posible mayor furor en la Charrasca, quien vomitó mil improperios y maldiciones.

Iba á renovarse la lucha por este nuevo atentado del bandolero, cuando el matutino canto de algun gallo, recordándoles que era ya de madrugada, vino á pacificarles.

— Ya es hora; vámonos — dijo Juancho.

— A bordo y á la mar — respondió Cain. Salíó del bojío, desensilló el caballo diciendo á la Charrasca como si nada hubiese ocurrido; pero con el acento que le era propio al indicarla su voluntad.

— Mira, dí á D. Cosme, que lo cuide por la cuenta que le tiene. Que si al volver no encuentro bien gordo á ese, le tomaré el mejor que tenga en su cercado. — Vámonos, todo pasó ya, y adios Charrasquita mia — añadió con tono rudamente zalamero.

Ella pareció calmar un tanto su furia, ante un agasajo que rara vez dejaba de venir sino despues de alguna riña; y le respondió entre quejumbrosa y reconciliada:

— Bien podrías darme con qué comprar ron para hacer otro jarabe, ya que me has drramado ese.

— Sí, para el jarabe de tu buche, tunanta. Toma pedigüña.

— Una peseta, no mas? Es poco!

— Poco! Toma otra y calla el pico, pájara.

Tomó Cain su espada y las pistolas que había dejado allí aquella noche, al salir para el garito; y el compañero su mocho, como él apellidaba á un *sol y luna*, especie de machete largo, que tambien depositó en aquel bojío al ataviarse de *fantasma*. Para ir mas expedito á su aventurero raptó, sólo había reservado á su cintura una daga corta, afilada y procedente de un espadin, gastado á manera de verdugillo.

Partieron ámbos con direccion á la rada, bastante próxima.

La Charrasca los vió salir. Despues de verter en la palma de la diestra un poco de ron, con que se frotó la achichonada frente y magullados brazos, apuró el resto de la garrafa. En seguida, sentóse en el ture y llamó á Gavilan. Este vino á ella entre mohino y cariñoso.

— Ese pícaro, ese bribon te ha pegado — decía la mujer, pasando la diestra por el lomo del animal.

— Que el Diablo se lo lleve, ¿no es verdad, gatito mio?

Este respondió con furioso maullido.

— Si, pobrecito, debes estar enojado contra él. — Maldícele, y que no vuelva.

El animal respondió con tan feroz y tenaz maúillo, que pareció á la semi-bruja un eco diabólico.

— Oh no, que vuelva, que venga! murmuró aterrada, con la expresion de un conjuro misterioso.

Y recordando la supersticiosa creencia de ciertas gentes, respecto de los gatos negros, añadió asustada:

— Si será éste el espíritu malo?

— Miau! — respondió el animal encrespado y con voz nerviosa; y ella le arrojó de su falda, santiguándose.

*Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.*